

HISTORIA
DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE
PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO
Y BIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON
LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL,
EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

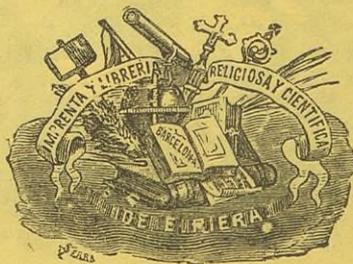
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 56.

L47
1828

despues con el anciano, llevándolo sobre sus espaldas hasta dejarle tambien á la otra orilla.

Hubiera querido ocultar su arribo á Rávena entrando de noche en la poblacion, pero fué imposible. El Obispo, que era entónces san Pedro Crisólogo, la emperatriz Placidia y sus hijos, el mismo Emperador Valentiniano III salieron á recibirle con gran solemnidad. Al hallarse en su alojamiento, la Emperatriz le envió una magnífica caja de plata llena de platos



TOMA DE JERUSALEN POR LOS CRUZADOS.

riquísimos. La caja la vendió para entregar su precio á los pobres; los platos los distribuyó entre los que estaban con él, enviando á Placidia en prenda de gratitud un pan de cebada en un plato de madera. La Princesa recibió este obsequio con particular satisfaccion: el plato de madera lo hizo cubrir de oro, y guardó el pan como una preciosa reliquia.

El historiador de su vida, Constancio, que fué casi su contemporáneo, refiere el siguiente hecho:

Durante la residencia de German en Rávena, al pasar un día junto á la cárcel, los presos

se echaron á gritar con todas sus fuerzas pidiendo su proteccion. Enternecióse German, y trató de entrar allí para consolarles. Poco despues German sale llevándose consigo á aquellos criminales, de los que algunos estaban condenados á la última pena, y se dirige con ellos al palacio del Emperador para impetrar su gracia. El Rey no se creyó con derecho para volver á anudar con su severidad aquellas cadenas que German había roto con un milagro.

No hay que decir que no había de costarle gran trabajo obtener el perdon de los pueblos de la Armórica. Desgraciadamente un nuevo acto de rebeldía hizo fracasar su intervencion.

Al cumplir un mes que se hallaba en Rávena, despues del rezo, dijo á unos obispos de Italia que conversaban con él:

—Queridos hermanos, os recomiendo una larga excursion que voy á emprender. Anoche creí ver á JESUCRISTO que me entregaba provisiones para un dilatado viaje. Se trata de irme á mi patria y recibir el descanso eterno.

Poco despues German caía enfermo. Esta noticia impresionó á toda la ciudad y á la misma corte imperial. La Emperatriz en persona se constituyó en su enfermera.

Murió el 31 de julio del año 448.

Dos años más tarde Paris se hallaba sumida en la mayor consternacion, á consecuencia de haberse difundido el rumor de que los hunos, despues de dejar en pos de sí tantas ciudades reducidas á escombros, saltando por tantos montones de cadáveres, se hallaban á las puertas de la poblacion.

Los habitantes quieren dejar Paris y refugiarse en un punto más seguro; quien se opone á ello es una jóven; esta jóven se llama Genoveva.

Conducidos por esta piadosa y valiente cristiana se dirigen al templo, allí oran, allí se reaniman.

Los hunos iban avanzando y llegaban continuamente á la poblacion nuevas noticias de saqueos, de incendios, de poblaciones enteras sacrificadas al furor de los bárbaros. La poblacion cede al terror; los mismos que iban en pos de Genoveva se revuelven contra ella, la califican de bruja, la acusan de hallarse en inteligencia con los hunos, y el furor popular se dispone á cebarse contra ella.

Miéntas el pueblo discute el género de muerte á que va á someterse á la jóven, optando unos porque se la apedree públicamente, otros porque perezca ahogada, y otros porque se la condene á la hoguera, llega el arcediano de Auxerre, á quien German, ántes de morir, había encomendado unos Eulogios (1) para Genoveva, encargo que el Arcediano no había cumplido hasta entónces por razones que no consignan los biógrafos de Genoveva.

El recuerdo del santo Obispo fué bastante para aplacar á los adversarios de Genoveva.

Los hunos siguen encaminándose hacia Paris, y esta poblacion pronto va á sufrir el destino de Tréveris, de Strasburgo, de Metz y de tantas otras ciudades.

En la hora suprema del peligro, Genoveva reúne á los parisienses en el templo, levántanse allí fervientes plegarias. Cuando la poblacion se hallaba agobiada bajo el peso del terror, difúndese la noticia de que los hunos, sin saber por qué, han cambiado de direccion, y Paris se ha salvado.

En 476 Paris se halla sitiada por Childerico, padre de Clodoveo. La poblacion, no pudiendo ya resistir por más tiempo el hambre mas espantosa, va á abrir sus puertas al enemigo. Genoveva se pone al frente de una expedicion que va á buscar víveres, y el éxito más admirable corona su empresa.

Cuando más adelante Childerico entró en la ciudad, bastaba una súplica de Genoveva para que él, aunque idólatra, accediese á los deseos de la admirable heroína.

(1) Desde el principio de la Iglesia establecióse el uso de bendecir despues de la misa panes que el diácono colocaba en una mesita á la derecha del altar, y que se distribuían despues á los fieles que no habían podido hallarse presentes al santo sacrificio en señal de fraternidad, á cuyos panes se daba el nombre de *Eulogios*. Los obispos tenían costumbre de enviarse mutuamente estos panes santificados por una bendicion especial, para simbolizar así que estaban unidos dentro de una misma Iglesia. San Paulino y san Agustin se enviaron uno á otro estos panes, y san Paulino, ademas, los envió á Sulpicio Severo, á Alipio y otros (*Epist.* XXXI, XXXV).

Á más de santa Genoveva, contribuyeron también á salvar la civilización cristiana de las ruinas en que iba á envolverse, hombres como san Agnan y san Lupo.

Mr. Guizot escribe estos admirables párrafos que son tanto más dignos de tenerse en cuenta cuanto que salen de una pluma á la que no puede acusarse de prevenida en favor de la Iglesia católica.

«En aquella época el Cristianismo era, no sólo una religión, sino que era una Iglesia (no se olvide que habla un protestante). Á no haber sido una Iglesia, no sé, señores, lo que habría sucedido en medio de la caída del imperio romano. Claro es que era indispensable una sociedad vigorosamente organizada y vigorosamente gobernada para luchar contra aquellas embestidas, para no ser arrollada por aquel huracán. No creo excederme afirmando que á fines del siglo IV y á principios del siglo V fué la Iglesia cristiana la que salvó el Cristianismo; fué la Iglesia con sus instituciones, sus magistrados, su poder, la que se defendió fuertemente contra la disolución interior del imperio contra los bárbaros, la que conquistó á los bárbaros, la que vino á constituir el lazo, el medio, el principio de civilización entre el mundo romano y el mundo bárbaro... Todos los elementos civiles de la sociedad moderna estaban, ó en la decadencia, ó en la infancia. Sólo la Iglesia era á la vez joven y constituida; sólo ella había adquirido una forma definitiva y conservaba todo el vigor de la edad primera; sólo ella poseía á la vez el movimiento y el orden, la energía y la reglamentación, es decir, los dos grandes medios de influencia (1).»

En esta lucha de la civilización contra la barbarie en aquel período, ocupa el lugar más preeminente el gran papa san Leon.

Había llegado la primavera del año 452. En lugar de los hielos, sustituyendo á la blancura de la nieve, empezaba á aparecer en las riberas del Danubio el verdor de la vegetación; aquellos difíciles desfiladeros empezaban á ser practicables; la fiera del Norte, cansada de tan largo descanso, iba á levantarse para invadir de nuevo el Occidente europeo.

El objeto de la expedición va á ser Roma, la que por tanto tiempo había sido la cabeza y continuaba siendo aún el corazón de la Europa.

Aquilea, después de una vigorosa resistencia, es asaltada y asolada por los bárbaros, quienes asesinan á todos los hombres aptos para empuñar las armas, después de llevarse consigo las mujeres y las riquezas de la población, pegándola fuego y corriéndose hacia aquella riquísima parte de la Italia que tiene por nombre el Véneto.

La gran catástrofe de Aquilea infunde tal pavor á los que residen en aquella región, que corren á ampararse junto á las bocas del Po, del Adige y del Tagliamento, abrigándose primero bajo tiendas de follaje, y estableciendo después moradas más cómodas y más sólidas que constituyeron pequeños pueblos, y que formaron junto á aquellos lagos como una ciudad salida de las aguas. Milan, Pavía, Verona, todo iba cayendo en poder de los hunos. Valentiniano era harto débil para poder salvar la antigua capital del mundo; los ejércitos del imperio habían sido destrozados en las llanuras de Chalons. Aecio mismo, el único general de prestigio que á Roma le quedaba, estaba en connivencia con los hunos. Que Attila ponga un pié sobre la altiva ciudad y quedará aplastada. Sólo existe una institución que concibe el proyecto de salvarla: es el Pontificado; y el sucesor de los Nerones y de los Galerios, el descendiente de aquellos emperadores que trataron de anegar en sangre la religión cristiana, se coloca bajo el amparo del jefe de aquella Iglesia á la que ellos habían perseguido, para que ponga á salvo su corona, sus intereses y sus pueblos.

Una diputación que representa al Senado, la patria, todas las instituciones nacionales, se presenta al papa Leon el Grande, implorando su intervención.

El Sumo Pontífice comprende lo peligroso de una misión semejante. Pero Roma es su patria; los que se lo piden constituyen su grey; Leon responde que no sabe si salvará á Roma; lo que sí puede decir es que sabrá morir por ella.

(1) *Historia general de la Civilización en Europa.*

Era cuestion de salvar algo más que la patria amenazada. Si Roma cae en poder de los bárbaros, por este sólo hecho pasan á ser los señores del mundo; ¿qué va á ser entónces de la civilizacion cristiana? Roma es el centro de la unidad espiritual. ¿Á dónde deberá dirigirse la Santa Sede, si lo que fué un día capital del mundo y era ya desde cuatro siglos la capital del Catolicismo, se ve reducida á ruinas? El África gime bajo la férula de los bárbaros; España y Galia se encuentran en gran parte á disposicion de los arianos; la Iglesia oriental se halla destrozada por las herejías. Era el momento supremo de una de estas crisis á las que está íntimamente ligado el porvenir.

El 11 de junio del año 452, Leon el Grande, acompañado de Avieno, varon consular, de Trigeccio, gobernador de Roma, y de muchos individuos de su clero, se dirige á encontrar á Attila. Apercíbese de que el jefe de los hunos se encuentra en las márgenes del Mincio, no léjos de Mantua, en el lugar que ocupa hoy Peschiera.

El papa san Leon, ántes de penetrar en el campo enemigo, se reviste de sus ornamentos pontificales, y ordena que los eclesiásticos que le acompañan se adornen todos con las vestiduras sagradas propias de su jerarquía.

Leon el Grande, seguido de su cortejo, se adelanta hacia Attila. El hecho fué que el jefe de los hunos, cargado de tantos laureles, aquel bárbaro tan anheloso de penetrar en Roma, y á quien bastaba dar rienda á su caballo para ver postrada á sus piés á la aterrada capital de los Césares, aquel hombre que no hubiera retrocedido ante un inmenso ejército retrocede ante un pontífice desarmado.

Pero en cambio de la satisfaccion de ver alejarse de Roma á Attila, el papa san Leon tenía que lamentar las atrocidades cometidas en África por otro jefe de las hordas bárbaras, Genserico.

El año 455 especialmente se distinguió por escenas de horrible crueldad en el continente africano.

Apénas se había extinguido el eco de la elocuente palabra del grande Agustin reprochando á su patria sus vergonzosos vicios, augurándola una sangrienta expiacion.

Es cierto que había pasado por allí la accion regeneradora del Cristianismo; pero la caída de los ídolos no trajo en pos de sí la desaparicion de las escandalosas orgías, ni siquiera el olvido de muchas de las antiguas preocupaciones idolátricas que el pueblo procuraba en vano conciliar con la nueva fe.

Salviano, en su libro séptimo del *Gobierno de la Providencia*, describe en frases llenas de indignacion el triste estado de degradacion en que se hallaban sumidas aquellas regiones.

«El África, dice, dormía en el lecho de su iniquidad. ¡Ah! Refiriéndonos sólo á su impureza ¿quién ignora que el África se consumía en el fuego de las más infames pasiones? Como el Etna en su misteriosa y abrasada naturaleza, el África era devorada en el fuego de sus monstruosas licenciosidades. Decir que un africano no era un impúdico, equivalía á decir que un africano no era un africano.»

La justicia divina, para castigar á aquella region culpable, escogió el doble azote de la barbarie y de la herejía. Vándalos y arianos se pusieron de acuerdo para inventar los suplicios más atroces. No se perdonó ni edad, ni sexo, ni condicion; y si los vándalos obedecían primero únicamente á su instinto feroz y sanguinario, este instinto los arianos lo supieron explotar en contra de los sacerdotes de la Iglesia y de los católicos en general.

Las madres católicas veían arrebatárseles de los pechos á sus inocentes hijos; estas tiernas criaturas eran aplastadas contra la pared; cometiéronse, en una palabra, las más increíbles atrocidades.

Uno de los episodios de esta persecucion es el martirio de santa Julia, en cuyo cuadro vemos la cínica crueldad del agonizante paganismo.

Al apoderarse Genserico de Cartago, mandó matar á los principales de sus habitantes,

apoderóse de sus bienes, redujo á esclavitud á las esposas y á los hijos de éstos, que entregó despues á sus soldados para que las vendieran á los tratantes de esclavos.

Contábanse entre estas infelices dos jóvenes de posicion ilustre. Una de ellas, llamada María, algunos años despues pudo ir á parar á disposicion del célebre Teodoreto, obispo de Ciro, quien la restituyó á su familia. La otra, que tenía por nombre Julia, fué transportada á la Siria, donde el tratante que la había comprado la revendió á un tal Eusebio.

Julia, por lo distinguido de su cuna, por la brillante posicion de su casa había nacido para ser servida y no para servir; sin embargo se conformó á su humillante posicion de esclava, sometiéndose á los designios de la Providencia.

Eusebio admiró la grandeza de alma de aquella jóven que aceptó con dignidad su nueva posicion, de cuyos labios no salió nunca la menor queja, y en cuya actitud no se notó siquiera el más leve disgusto, á pesar del tristísimo cambio á que tuvo que someterse. Eusebio, que seguía adherido á las tradiciones idolátricas de su familia, experimentó por primera vez un irresistible sentimiento de admiracion en favor de la fe que inspiraba aquellas virtudes.

Julia, despues de cumplir con la más escrupulosa exactitud todos los deberes de su humilde condicion en la casa de su amo, consagrábase á la plegaria y á piadosas lecturas, respirándose en torno suyo el aire de una encantadora pureza.

Eusebio, que se consagraba al comercio al por mayor, al embarcarse para transportar á las Galias productos los más preciosos de Levante, trájose consigo á la fiel y obediente Julia.

Llegado al extremo septentrional de la isla de Córcega, Eusebio ordena que desembarque la tripulacion, á fin de asistir con él á una solemnidad de los ídolos. Eusebio penetra en el templo gentil, donde se procede á la inmolucion de un toro, celebrándose despues una de aquellas orgías en que se llegaba á los mayores excesos. Julia, que se había quedado á bordo, lanzaba lastimeros suspiros salidos de lo más profundo de su corazon, lamentando la ceguera de aquellos idolátras. No faltó quien se apercibiera de ciertas frases que pronunció Julia contra las supersticiones gentílicas; de lo cual se dió noticia al gobernador Félix, quien se presentó á Eusebio diciéndole que no todos los del buque le habían acompañado en el sacrificio, pues había en él una jóven que censuraba el culto de los dioses.

—Es una muchacha cristiana, contestó Eusebio, á la que no he podido hacer cambiar de religion. No quiero desprenderme de ella porque es un modelo de fidelidad y me sirve admirablemente para el servicio de la casa.

—Pues deberiais obligarla, responde Félix, á practicar vuestra piedad. Dádmela á mí por el precio que queráis; y si no deseais que os la compre con dinero, escoged de mis esclavas las cuatro que mejor os acomoden.

—Todos vuestros bienes, repone Eusebio, no bastarian á pagar lo que Julia vale. En cuanto á mí me privaría de lo más precioso que poseo ántes que desprenderme de ella.

Félix se persuadió de que toda insistencia hubiera sido completamente inútil, y trató de realizar por una perfidia incalificable lo que no podía obtener por medios menos deshonorosos. Invita á Eusebio á un espléndido banquete, cuidando de que apurara muchas copas hasta caer en la embriaguez. Eusebio, profundamente dormido, es trasladado á una mullida cama en la habitacion de Félix.

Aprovechando las horas de este sueño, Félix manda llamar á Julia y le dice que, si se presta á ofrecer sacrificios á los dioses, él se encargará de pagar su rescate devolviéndole la libertad.

—Con tal que pueda servir á JESUCRISTO, responde con entereza la animosa jóven, yo siempre me consideraré libre. En cuanto al culto que me proponéis, no sólo no estoy dispuesta á abrazarlo, sino que me inspira una aversion, un horror irresistible.

Semejante respuesta irrita á Félix, quien dispone que se someta á Julia á la pena de azotes por haber tratado con poco miramiento al Gobernador.

—No soy de mejor condicion que JESUCRISTO, que fué azotado por mí, responde Julia con una calma inalterable.

A consecuencia de tal contestacion, Julia se ve asida de los cabellos y arrastrada por el suelo.

La jóven sigue imperturbable.

—Es lo ménos que puedo sufrir por mi Salvador, que por mí quiso que su cabeza ciñese corona de espinas.

Félix teme que al despertar Eusebio no se escape de sus manos la inocente víctima. Ordena que levanten la horca y se la cuelgue en ella.

Dominando como dominaban los arianos en muchos puntos de Africa, y en particular en Cartago, que habían escogido como principal foco de su funesta accion, debióse á ellos principalmente el que fuese arrojado de la ciudad el santo obispo llamado Quod-Vult-Deus, á quien se colocó en un buque destrozado con casi todo su clero, creyendo que así se perderían en el abismo de las aguas los últimos restos de la Iglesia cartaginesa.

Durante catorce años estuvo viuda de pastor aquella cristiandad, hasta que al fin, gracias á las súplicas del emperador Valentiniano, pudo obtenerse que se sentara en aquella silla un varon ejemplarísimo llamado Deo-Gracias.

Dos años hacía que Deo-Gracias ocupaba aquella sede cuando Genserico desembarcó en la ciudad llevando como trofeo de victoria numerosa legion de prisioneros romanos. Gran parte de éstos pertenecían á las primeras familias de Roma y eran los herederos de los nombres más ilustres de la gran ciudad. Los vándalos y los moros se los repartieron como esclavos; se arrancó á la esposa de brazos de su marido, al hijo del regazo de su madre.

Deo-Gracias resolvió redimir á aquellos desgraciados de su esclavitud. Para rescatarles vendió los vasos de metal precioso que constituían la riqueza de sus templos, y no teniendo á su disposicion habitacion bastante capaz donde albergarles, destinóles dos espaciosas iglesias, que proveyó por sí mismo de camas y de paja, proporcionándoles además á los rescatados todo aquello de que tuvieron necesidad.

El mareo por una parte, las penalidades de la esclavitud por otra fueron causa de que muchos enfermaran. El santo Obispo, no contento con visitarles él en persona, acompañaba diariamente la visita de los médicos que él mismo les procuró. Ni los ruegos de sus amigos, que veían su vida en grave riesgo á consecuencia de las fatigas á que se exponía en edad tan avanzada, ni sus penosos achaques, ni la postracion de sus fuerzas pudieron impedir que se consagrara noche y día al ejercicio de aquellos actos de caridad.

Semejante virtud excitaba la envidia de los arianos, que ni sabian imitarla, ni apénas acertaban á comprenderla, así fué que vió su existencia comprometida en varias ocasiones en que sólo un milagro pudo librarle de una muerte segura.

Al morir Deo-Gracias, víctima de su inagotable laboriosidad y de su apostólico celo, Genserico prohibió que se ordenaran nuevos obispos en la provincia consular y en la Zengitania. Estos, de sesenta y cuatro que eran, quedaron reducidos á tres.

Estalló una nueva persecucion que renovó las glorias de la primera época de la Iglesia.

Martiniano, Satúrico, otros dos hermanos, eran esclavos de un vándalo, junto con una jóven de singular hermosura, llamada Máxima. El vándalo tenía especial predileccion en favor de Martiniano, á quien trató de casar con Máxima. Ni uno ni otro se opusieron al proyecto; pero apénas unidos en matrimonio, Máxima se apresuró á manifestar á Martiniano que tenía hecho voto de perpetua continencia.

Máxima, no sólo logró hacerse suyo á Martiniano, sino que obtuvo que éste y los otros tres esclavos se retiraran á un monasterio en Tabraque, amparándose á su vez Máxima en una comunidad de religiosas.

Furioso el vándalo al encontrarse sin sus servidores, acudió á todos los recursos imaginables hasta dar al fin con ellos. Al encontrarlos los hizo arrancar de su soledad, los cargó de cadenas, los sometió á bárbaros tratamientos, y no se limitó á empeñarse en que Martiniano y Máxima viviesen como marido y mujer, sino que trató de que fuesen rebautizados.

Llegaron estos hechos á noticia de Genserico, quien ofreció todo su apoyo al vándalo, manifestándole que le ocasionaría un placer especial el saber que sometía al tormento á los dos esposos católicos siempre que se resistieran á obedecerle. Éste satisfizo cumplidamente las pretensiones de Genserico, esmerándose en probar á éste que no le iba en zaga en cuanto á instintos de barbarie. Poco despues el vándalo moría de una manera miserable, perdiendo á la vez sus esclavos y sus rebaños.

La viuda del vándalo trató de deshacerse de los católicos; pero en vez de devolverles la libertad, los entregó á un pariente de Genserico para que los atormentara. Continuas desgracias acaecidas en la familia y en los domésticos de la viuda fueron atribuídas por éste á prestigio oculto de Martiniano y su compañera, en cuyo concepto los denunció á Genserico, quien, cargados de cadenas, los envió á un rey moro, llamado Capsur; pero devolviendo la libertad á Máxima.

Fueron los cuatro confesores conducidos al país en que residía Capsur. Se profesaba allí la idolatría, sin que se encontrara la menor huella de apostolado cristiano. Martiniano y sus amigos se convirtieron de confesores en predicadores. Principiaron por el ejemplo de virtudes que desconocían aquellas gentes semisalvajes; tras del ejemplo vinieron las enseñanzas. Eran aquellos indígenas espíritus sencillos, almas vírgenes en que la palabra de la fe no pudo ménos que producir su fecundo efecto. Enviáronse legados á una poblacion romana para que pidieran al obispo obreros evangélicos que comenzasen la iniciada obra. Muy pronto pudo levantarse allí una iglesia. Martiniano y sus compañeros no podían dejar de sentirse llenos de júbilo al contemplar cómo iba creciendo á su vista aquella naciente cristiandad.

Pero llegó á noticia de Genserico lo que estaba pasando. Mandó allí á los celosos confesores creyendo que encontrarían toda la ferocidad del despotismo idolátrico, y lo único que logró fué que se les adornara con la gloriosa auréola que circunda la frente de los apóstoles.

Genserico en persona se encargó de hacer sentir contra aquellos propagandistas católicos todo el peso de su loco furor, mandando uncirles por los piés en carros y arrastrar de esta suerte sus cuerpos por sitios cubiertos de piedras, hasta que fuesen destrozados.

Los mártires se cruzan entre sí una última mirada y se despiden diciéndose mutuamente:

—Roguemos el uno en favor del otro. Dios satisface nuestros deseos. El camino que vamos á recorrer es el que conduce á la gloria.

Sucedió entónces lo que sucede siempre. El vapor de la sangre derramada produce en los déspotas una horriblé embriaguez. Una vez en esta senda, Genserico la hubo de recorrer hasta el fin.

Envió á la provincia Zengitana á un cierto Próculo con orden de exigir de todos los obispos que entregasen los libros y los vasos sagrados. No hay que decir que los obispos, cumpliendo con su deber, se resistieron á ello. Pero los agentes de Genserico arrebataron á la fuerza lo que no hubieran obtenido por voluntad; casas episcopales, templos, depósitos de objetos del culto, todo fué bárbaramente saqueado sin más fin que el de vejar á los católicos. Las telas que cubrían los altares fueron transformadas en camisas de aquellos bárbaros.

Próculo, ejecutor de esta inicua orden, murió poco despues víctima de horribles convulsiones que le producían tal exasperacion, tal frenesí, que con sus propios dientes se destrozaba la lengua.

El obispo de Abbenze, Valeriano, hombre octogenario, recibió una orden de destierro concebida en tales términos, que se le prohibía de una manera absoluta buscar asilo en techo alguno, ni siquiera cobijarse bajo la choza de un campesino ó la cabaña de un pastor. Este prelado, rendido de cansancio, cayéndosele á pedazos el vestido con que se cubría, permaneció por mucho tiempo tendido y desnudo entre el polvo de un camino.

En Regia, los católicos, para celebrar la festividad de la Pascua se reúnen en una iglesia que había sido cerrada. Llega esto á noticia de los arianos. Uno de los jefes de éstos, llamado Adiето, se pone al frente de fuerza armada, se encamina contra los católicos que, en el retiro

de su templo, ni siquiera piensan en defenderse. Al llegar al lugar sagrado, unos penetran en él con la espada en la mano, otros se suben á las casas vecinas para asestar desde allí flechas que penetran por las diferentes aberturas del templo. Un lector había subido al púlpito para entonar desde allí el canto de *Alleluia*. Una flecha, atravesándole la garganta, le corta la palabra, escápasele el libro de las manos y cae bañado en su propia sangre. Al pié mismo del altar se levanta una hecatombe de víctimas.

Los que no perecen víctimas de aquellas hordas, son condenados despues á muerte por orden de Genserico

En Tinuzuda y otros puntos los arianos penetran en el templo al repartirse á los fieles el Pan eucarístico, que derraman con furia por el suelo, y le pisotean.

Genserico tenía ordenado que en su corte no se diese colocacion sino á arianos. Súpose que el conde Armogasto, que estaba al servicio de Teodorico, hijo del rey de los vándalos, era católico. Condenósele á suplicios que sólo podía inventar la ferocidad de aquellas hienas. Teodorico, su amo, se empeñaba en que le cortaran la cabeza; pero se opuso á ello el ariano Focondo.

—Podéis hacerle morir por diversos tormentos, decía; pero si le cortáis la cabeza los romanos le tendrán por mártir (1).

En virtud de esta observacion, el conde Armogasto vióse sometido á tener que arar la tierra en la provincia bizacena. Más tarde se le ordenó que volviese á Cartago, donde era muy conocido, y allí se le obligó á la vergüenza de tener que guardar vacas. El ilustre Conde, á causa de su fe, tuvo que morir sometido á los más humillantes tratamientos.

Un cierto Arquinimo, de la ciudad de Máscula, vióse asediado por medios los más satánicos, á fin de lograr de él que perdiera la fe. Á la astucia contestó con la astucia; á las amenazas opuso la dignidad de un espíritu inquebrantable; á la constancia en el ataque contra su fidelidad de cristiano, contestó con la tenacidad en la defensa de sus principios religiosos. Genserico, cansado de atraérsele por medio de halagos, ordenó que se acudiera al castigo, condenándole á perder la cabeza. Pero Genserico no deseaba que hubiese un mártir más; dispuso, pues, que si en el momento de la ejecucion vacilaba su entereza, se le matase, pero que se le pusiera en libertad si permanecía firme. El confesor no abandonó su firmeza ni por un momento, en virtud de lo cual se le otorgó la vida.

Saturo, intendente de la casa de Hunerico, primogénito del Rey, ocupábase á menudo del arianismo, censurando la herejía con bastante libertad. Denuncióle un diácono ariano. En virtud de esta delacion, Hunerico manda llamar á Saturo, y le invita á que entre en la secta ariana, porque de otra suerte le mandaría arrebatar sus bienes, su casa, sus esclavos, sus hijos, y que su esposa misma será entregada á un guarda de camellos. Saturo persiste en su fe de católico sin dar la menor señal de vacilacion; pero su esposa pide tiempo para pensarlo.

Ésta se dirige al encuentro del heroico confesor de la fe, trae esparcida la cabellera, destrozado el traje, sosteniendo en sus brazos á un niño, á quien todavía amamantaba, y rodeada de los demas hijos de aquel matrimonio. Arrójase á los piés de su esposo, y abrazando sus rodillas le dice:

—Ten piedad de tí, de mí, de tus hijos; no los echés á la esclavitud; no me expongas á un destino que nos deshonraría á todos.

Saturo contestó diciendo:

—Si me amas de veras, tú deber es no condenarme á una segunda muerte. Suceda lo que quiera, yo no olvidaré las palabras del Señor: El que no deja su mujer, sus hijos, sus tierras, su casa, no puede ser mi discípulo.

Saturo fué despojado de todo, reducido á la más absoluta miseria.

Huérfana de obispo como estaba la cristiandad de Cartago, Genserico cerró su iglesia y desterró de la ciudad á todos los pertenecientes al clero.

(1) Los bárbaros llamaban romanos á los antiguos habitantes de las provincias.

El arianismo, valiéndose del poder de aquellos bárbaros, sometió á rudos sufrimientos á los católicos de España y de Italia, haciendo ostentacion de su insensato furor en Sicilia, Cerdeña, Grecia, el Epiro, la Dalmacia y Venecia.

En la Galia murió por la fe Florentino. Estaba adscrito al servicio militar en el ejército romano. Vivía en Pseuduro, en la diócesis de Autun, con Hilario, su amigo y compañero de armas. Juntos oraban, juntos ayunaban y juntos se sostenían en su fe. Al invadir los bárbaros la Galia lionesa, apoderáronse de aquellos dos fieles, y despues de arrebatárles toda su fortuna, se trató de privarles del único y más precioso bien que áun les quedaba, que era su adhesion al catolicismo. El jefe de los bárbaros, para forzarles á apostatar, les sometió al tormento. Se les abofeteó, se les rompieron los dientes, se les destrozó la lengua, hasta que al fin fueron degollados.

En Persia, especialmente, se cometieron atentados que la pluma se resiste á consignar. Desplegóse allí una ferocidad de la que se encuentran pocos ejemplos en la historia. Vivos aún, se les quitaban á unos la piel desde la frente hasta la barba, á otros se les clavaban agudas cañas, á otros, atándoles de piés y de manos, se les echaba en una especie de cloacas, donde eran destrozados por los ratones y otros animales hambrientos.

Entre las heroicas víctimas de tanta ferocidad se cuenta á san Hormisdas.

Hijo de un sátrapa ó gobernador de provincia, era descendiente de la respetable y antigua casa de los Arqueménides. Mandóle llamar el rey de Persia, Varanes, para inducirle á que renegara de su fe de cristiano. Hormisdas contestó con una dignidad y una firmeza tal, que, irritado el déspota, ordenó que se le despojase inmediatamente de todo, inclusa la ropa que traía puesta. Reducido al mayor estado de miseria, sin más abrigo que unos harapos con que cubrir su desnudez, condenósele á conducir los camellos del ejército. Jamas se notó en su semblante la menor expresion de abatimiento; era de aquellas almas que en medio de las humillaciones aparecen aún más grandes. Estaba un día Varanes contemplándole desde una de las ventanas de su palacio. Al ver á aquel descendiente de una de las casas más ilustres de Persia con aquel cuerpo semidesnudo, quemado por los ardores del sol, cubierto de sucio polvo, dispuso que se constituyera en su presencia, y al llegar ante él le dijo entregándole una túnica:

—Hora es que abandones tu tenacidad y renuncies al Hijo del carpintero.

Hormisdas le devolvió su dádiva diciéndole:

—Quedáos con un regalo que quisierais os comprase con el precio de una apostasía.

Poco más tarde el Santo moría en la mayor indignencia, víctima de toda clase de privaciones.

Distinguióse tambien por su firmeza y su constancia el potentado Suanés. Su riqueza era tanta, que llegaba á poseer hasta mil esclavos. Inútilmente trató Varanes de obtener su apostasía. Convencido de que no había de recabar de Suanés el que abandonara su fe, pregúntale un día cuál era el peor de sus esclavos. Suanés se lo dice con la mayor ingenuidad. Varanes ordena que el esclavo se despose con la consorte del confesor de la fe, y á éste y á toda su familia les pone bajo el dominio del esclavo. La fe de Suanés supo hacerse superior á todas las humillaciones que pudiera inventar el despotismo más estúpido, y murió ornado de la gloria de los mártires.

En la corte de Persia distinguíase por sus cualidades personales, su riqueza y su cuna otro cristiano que se llamaba Jacobo. Habíanle sus padres educado en el Cristianismo y unido en matrimonio á una mujer en la que las virtudes cristianas estaban á la altura de su eminente piedad. Jacobo hallábase unido al rey Iezdegardo con relaciones las más íntimas. Pero al declararse Iezdegardo perseguidor del Cristianismo, Jacobo tuvo la debilidad de sacrificar la fe en su Dios á la buena amistad con su monarca.

La santa madre y la excelente esposa de Jacobo lamentaban la caída de éste con lágrimas del más acerbo dolor.

Algun tiempo despues Iezdegardo descendía al sepulcro, y la madre y la esposa de Jacobo le dirigían la siguiente carta:

«Supimos que habías renunciado á la honra del Dios inmortal para conservar con el favor del Príncipe los bienes y honores de este mundo. ¿Qué es hoy de aquel á quien hiciste tan triste sacrificio? El desgraciado ha tenido que pasar por el destino comun; ya no es más que polvo. Hoy no puedes esperar nada de él; no podrá librarte de los castigos eternos. Sabe que si perseveras en tu crimen, la justicia divina te condenará á tales castigos.»

Este lenguaje, en que brilla toda la entereza cristiana, impresionó á Jacobo hasta el punto de que reconociera y llegara á horrorizarse de su infidelidad, hija de un acto de cobardía. Jacobo reparó su delito renunciando á su puesto en la corte, desprendiéndose de todos los honores y proclamando solemnemente su fe en JESUCRISTO.

Varanes le hace comparecer á su presencia, le recuerda las altas distinciones con que le había honrado su padre, y le reprocha que el acto que acaba de realizar tiene el carácter de una negra ingratitud. Al pronunciar el nombre de Iezdegardo, Jacobo pregunta á Varanes:

—Y bien ¿sabéis vos dónde está ahora Iezdegardo? ¿Tenéis noticia de lo que ha sido de él?

Varanes le contesta que se deje de preguntas inoportunas y que se resigne á apostatar su fe ó á morir de muerte cruel y prolongada.

—Esto quiere decir que estoy destinado á la muerte de los buenos, contesta Jacobo: está bien; la muerte, por prolongada que sea, se reduce á un sueño.

—La muerte, léjos de ser un sueño, repone Varanes, es un objeto de horror para los grandes y para los mismos reyes.

—Es cierto, exclama Jacobo; horroriza á los reyes y á los que desprecian la divinidad, porque la *esperanza de los malos perecerá*.

Creyóse Varanes aludido con estas últimas palabras, y no pudiendo ya reprimir su ira, dijo:

—¡Desgraciado! Nos llamáis malos á nosotros, vosotros que no adoráis ni el sol, ni el fuego, ni el agua, ni ninguna de las grandes producciones de la divinidad.

—No he tratado en manera alguna de ofenderos; me limito á observar que dáis á las criaturas el nombre incomunicable del Criador.

Varanes condena á Jacobo á que se le destrocen los miembros.

Al llegar al sitio de la ejecucion, Jacobo solicita que se le concedan algunos momentos, lo que se le otorga. Puesto de rodillas de cara al Oriente eleva al cielo fervorosa plegaria, que no puede ménos de conmover á cuantos le escuchan.

Los verdugos empiezan á sacar sus instrumentos de tortura. Antes de proceder á atormentarle le exhortan á que obedezca al Rey á fin de librarse de los atroces sufrimientos á que tienen orden de someterle. Los espectadores mismos se postran ante el mártir, lleno todavía de juventud, cuya bondad de carácter encantaba á todos y que había ejercido cargos los más elevados.

Jacobó es el único que está tranquilo.

—Esta muerte que se presenta bajo un aspecto tan terrible, dice, es bien poca cosa, cuando se trata de procurarse una vida eterna.

Y dirigiéndose á los verdugos, les pregunta:

—Y vosotros ¿por qué permanecéis en la inacción? ¿Por qué no procedéis á ejecutar la orden que tenéis recibida?

Apénas ha pronunciado estas palabras empieza inmediatamente la ejecucion.

Se le corta el pulgar derecho. Jacobo se limita á levantar los ojos al cielo y prorrumpe en esta plegaria.

¡Salvador de los cristianos! Aceptad esta rama del árbol. Sé que el árbol está destinado á podrirse; pero sé tambien que recobrará á su tiempo su verdor y su lozanía.

Juez, pueblo, verdugos, todos los presentes, en fin, suplican á Jacobo que no permita que continúe aquel sufrir.

—La viña en invierno, contesta él con tranquilidad, está en estado de muerte; pero revive en la primavera. ¿Creéis que el cuerpo del hombre, por más que lo hagáis pedazos, no ha de revivir?

Se le arranca á Jacobo el dedo índice. El mártir, radiante de alegría, como si se hallara en un festin, á cada destrozo que se hace en su cuerpo exclama:

—Aceptad, mi Dios, esta otra rama del árbol.

Conjúrasele de nuevo á que salve su vida. Jacobo, con la misma imperturbabilidad, dice:

—La obra está empezada y debe acabarse. ¿No sabéis que el que pone las manos en el arado y despues vuelve atras no es digno de Dios?

Cuando se le habían arrancado los dedos uno á uno, cuando el Santo estaba ya sin manos, sin piés, sin brazos, sin piernas, el mártir prosigue diciendo á los verdugos:

—Os falta el tronco todavía. No me compadezcáis. Mi corazon se regocija en el Señor.

Uno de los guardias le decapitó, terminando de esta manera su gloriosa existencia.

Poco despues sufría el martirio un príncipe de Persia llamado Maharsapor. Fué preso junto con Narsés y Sabutaca, que murieron tambien por su fe. A Maharsapor se le hechó en una prision infecta donde se le sometió por espacio de tres años á todos los horrores del hambre, no proporcionándole más alimento que el precisamente necesario para que no se extinguiese su vida, y transcurrido este período se le condujo al tribunal. Los sufrimientos habían agotado sus fuerzas materiales; pero el vigor de su alma seguía íntegro. Maharsapor persistió en confesar solemnemente á JESUCRISTO. Ordénase que se le echara en un hoyo y que luégo se cerrase la abertura. Tres días despues fué abierta de nuevo la boca del hoyo y se encontró el cadáver del mártir puesto de rodillas en actitud de orar.

Tambien fué preso un diácono, que tenía por nombre Benjamin, á quien se acusaba de predicar el Evangelio. Un embajador romano obtuvo que se le pusiera en libertad. Volvió á la tarea de sus predicaciones, en virtud de lo que se le condenó al suplicio. Hundiéronse cañas entre la carne de las uñas de sus piés y de sus manos y en las partes del cuerpo más sensibles; operacion que se renovó varias veces con inaudita crueldad. Al fin se le condenó á morir apaleado.

Si no con igual ferocidad que la persecucion persa, sostúvose despues con mayor perfidia si cabe la persecucion africana. El alma de aquella persecucion era tambien el arianismo. Tras de Genserico, que murió el año 477, ocupó el poder Hunerico, casado con la princesa Eudoxia, hermana de Zenon, emperador de Oriente.

Al inaugurarse el nuevo reinado los católicos creyeron poder contar en su favor con el apoyo de esta mujer. Mas no fué así.

Veintisiete años había que la Iglesia de Cartago lloraba su orfandad, pues los arianos por medio de Genserico impidieron que se eligiera un pastor para aquel importante rebaño.

Al ocupar el poder Hunerico, empeñóse cerca de él Zenon para que permitiera se nombrara un prelado. Accedió á la demanda Hunerico; pero el edicto que leyó Vitarito, notario real, en que se autorizaba la nueva eleccion, estaba concebido en estos términos:

«Nuestro amo, á instancia del emperador Zenon y de la nobilísima Placidia, su hermana, os autoriza para elegir un obispo á vuestro gusto, con condicion de que los obispos de nuestra religion (ariana), gozarán en Constantinopla y todas las demas provincias de Oriente de completa libertad para predicar en su iglesia en el idioma que quisieren y de observar la religion á su manera, como vosotros (los católicos) tendréis libertad aquí y en las demas iglesias de Africa de celebrar misa, predicar y observar vuestra religion. Si esto no se cumpliere, lo mismo el obispo que fuere ordenado aquí, como todos los demas, serán desterrados á tierra de moros.»

La pretendida concesion se hacia, pues, en términos inadmisibles para los católicos. Poníase en primer lugar la condicion de que se autorizaran en todo el Oriente las agitaciones arianas; y ademas se ponía á los obispos de África bajo la arbitrariedad de los arianos, que

ejercían al lado de Hunerico completa influencia, y que para perseguir á los obispos católicos les hubiera bastado alegar el pretexto de que en Oriente habían impedido á algun ariano el ejercicio de sus funciones.

Al leer Vitarito esta real disposicion, los obispos presentes contestaron que no debían aceptarla, pues había una condicion que no estaba en su mano el poder cumplirla y que no había de conducir á nada más que á autorizar las persecuciones.

No obstante la razonada protesta de los obispos, el pueblo, no acertando á calcular las consecuencias del edicto, no comprendiendo todo lo que había en él de mal intencionado y de capcioso, cansado de hallarse sin guía por un período tan dilatado, empeñóse en escoger un pastor.

Había en Cartago un sacerdote que, por su humildad extraordinaria, y especialmente por su desprendimiento y caridad, disfrutaba entre los africanos de especial prestigio: se llamaba Eugenio. Este sacerdote obtuvo los votos de todos.

El episcopado de Eugenio era fecundísimo en obras; podía decirse que la Iglesia africana revivía de sus ruinas; y pudo creerse por un momento que iban á renovarse allí las glorias de la época de san Agustin. Nuevos convertidos presentábase todos los días á Eugenio para pedirle que les reconociera como hijos.

No habían de tolerar los arianos los progresos que estaba haciendo el Catolicismo. Ya no se contentaron con invocar el edicto de Hunerico; sino que obtuvieron del Rey el que prohibiese aceptar en el seno de la Iglesia á ningun cristiano de la raza de los vándalos.

Al recibir la orden, Eugenio contestó:

«La casa de Dios está abierta para todos. Nadie puede arrojar de ella á los que quieran entrar.»

Entonces empezó la persecucion con todo su vigor.

Apostábanse á las puertas de las iglesias agentes de Hunerico, quienes cortaban el pelo y arrancaban los ojos á cuantos vándalos se presentaban allí. Los católicos que ejercían destinos públicos recibieron una orden de destierro á los llanos de Utica, donde se les sometió á trabajos forzosos.

Á multitud de vírgenes consagradas á Dios se las sometió al tormento á fin de obligarlas á formular falsas delaciones contra los obispos y sacerdotes católicos.

El desatentado odio de los arianos se manifestó de una manera especial en un decreto que apareció con la firma de Hunerico, que dejaba muy atras las disposiciones más sanguinarias de los tiranos idólatras. En virtud de este decreto viéronse cruelmente maltratados los obispos que más se habían distinguido por su fervor y su piedad. No sólo los prelados eran objeto de la persecucion, sino que sacerdotes y diáconos, en número de cuatro mil novecientos setenta y dos, despues de sufrir las más bárbaras vejaciones, fueron desterrados á la Mauritania.

Al atravesar aquellas regiones, hambrientos, desnudos, llevando en su rostro y en todo su cuerpo las señales de la sangrienta barbarie con que habían sido tratados, los fieles les salían al encuentro con velas encendidas, improvisábanse en aquellos desierto entusiastas procesiones; los clamores de los padres pidiendo la bendicion de los mártires en favor de sus hijos producían el efecto más conmovedor.

A pesar de todo, Hunerico afectaba una falsa imparcialidad, pretendía que él de lo que trataba únicamente era de acabar con las disensiones entre los católicos y los arianos, y hasta llegó á instar á unos y á otros á una conferencia en Cartago el 1.º de febrero del año 484.

Los católicos aceptaron la propuesta; pero á los obispos escogidos por éstos se les cortó brutalmente la palabra.

Los católicos formularon una nueva protesta de la fe ortodoxa acerca la unidad de sustancia y la trinidad de personas, insistiendo en la necesidad de emplear la palabra *Consustancial*, confesándose, en fin, todos los dogmas combatidos por el arianismo.

El Rey contestó con un decreto cerrando todas las iglesias católicas; todos los individuos del clero se vieron entregados á los tribunales y confiscados sus bienes. Los que se prestaron á tomar parte en la conferencia fueron presos, conducidos á un buque y desterrados á la isla de Córcega, en donde diáconos, sacerdotes, obispos viéronse obligados á trabajar las maderas para la construccion de embarcaciones. Los fieles que quedaron en Cartago fueron sometidos al tormento.

Quedaron despobladas ciudades enteras por pertenecer sus habitantes á la religion católica; á muchos de los creyentes, para que no pudieran confesar su fe, se ordenó que los esbirros de Hunerico les cortaran la lengua hasta la raiz.

El obispo Eugenio fué desterrado á un desierto á alguna distancia de Trípoli; se le colocó bajo la vigilancia de un obispo ariano, quien le hizo permanecer encerrado por mucho tiempo en un húmedo calabozo.

Aun despues de tantos hechos de barbarie, los obispos arianos acusaban al poder seglar de proceder con demasiada lenidad. Encargáronse ellos mismos de organizar la persecucion, erigiéndose en delatores, en jueces y verdugos.

Colocábanse al frente de partidas de hombres armados; á unos los rebautizaban á pesar suyo; á cuantos manifestaban alguna oposicion les hacían víctimas de su furor.

A fines del mismo año Hunerico murió consumido lentamente su cuerpo por una enfermedad repugnante, víctima de los más atroces dolores.

X.

Renuévase en Constantinopla la persecucion eutiquiana.

Zenon, que había sucedido en la sede imperial de Constantinopla al emperador Leon en 474, si bien no se manifestó hostil á los católicos, manchóse con toda clase de vicios, y el que había de ser padre de sus pueblos se constituyó en su opresor, vejándolos con exacciones las más tiránicas, especialmente durante las incursiones de los hunos en la Tracia y de los árabes en el Oriente. Gustábale verse rodeado de una corte de aduladores, distinguiendo entre estos á un furioso eutiquiano, Pedro Fulon, llamado el Batanero por el oficio á que se había dedicado. Pedro Fulon era un monje que había abandonado las severidades de la vida solitaria, para disfrutar de la ostentacion y placeres de la corte.

Gracias al favor imperial de que disfrutaba por completo, Pedro Fulon pudo apoderarse de la sede episcopal de Constantinopla.

Reclamaron contra esta eleccion al patriarca Genadio y todos los obispos católicos. Zenon no creyó conveniente romper con éstos, mayormente cuando, si no en sus obras, al ménos en sus ideas, se manifestaba católico. Para dar una prueba de fidelidad á la Iglesia Pedro Fulon fué enviado á la Tebaida.

Poco tiempo hubo de permanecer allí. Sus vicios, sus dilapidaciones le habían hecho á Zenon antipático á sus súbditos; en el desvanecimiento de sus placeres no pensó en desbaratar las intrigas palaciegas, y al fin se vió desposeído de su soberana autoridad, que pasó á su cuñado Basilisco.

Zenon tuvo que refugiarse en una fortaleza de Capadocia, protegida su existencia por un pequeño número de soldados que le permanecían fieles.

Basilisco se inauguró desde luégo como protector de los eutiquianos.

Trabajó para colocar á los partidarios de Eutiques en los obispados vacantes y les restituyó en sus antiguos honores y distinciones.

Timoteo Eluro, que por espacio de veinte años había permanecido confinado en el Quersoneso Táurico, fué devuelto á Alejandría.

Al aparecer en Constantinopla el matador de Proterio, ufano con la protección del intruso emperador, el patriarca de Antioquía, Timoteo Solofaciola, retiróse de su capital para ir á llorar las desgracias de la Iglesia y de la patria en un monasterio de Cánope, cuya regla había él profesado anteriormente.

Pedro Fulon fué destinado á Antioquía por una orden imperial, donde, prevaliéndose de la autoridad patriarcal que allí ejerció, dedicóse con el mayor empeño á la propaganda del error eutiquiano y procuró se proveyesen las sillas de la provincia con obispos de la secta.

Al propio tiempo Timoteo Eluro remitía una circular á todas las diócesis de Constantinopla ordenando anatematizar y quemar las actas del Concilio de Calcedonia, junto con la carta de san Leon á Flavian. Todos los clérigos de cualquier orden que fuesen, que se negaran á suscribir la circular y ponerla en ejecucion, ó trataran con cualquier pretexto de invocar la autoridad del Concilio Calcedonense, habían de ser inmediatamente depuestos y desterrados. Esta pena se impuso tambien despues á los seglares y á los monjes que se negaran á secundar los perturbadores propósitos de Eluro.

Hallábase al frente de la sede romana san Simplicio, natural de Tívoli, elevado á la silla pontifical en 20 de setiembre del año 467.

Había dado ya este Papa pruebas de ser digno sucesor de los Leones y de los Hilarios, al rechazar solemnemente las pretensiones del emperador Leon, que trataba de supeditar la sede de Roma á la de Constantinopla.

El Sumo Pontífice negóse con la mayor energía á reconocer la eleccion de Eluro y la de Pedro el Batanero.

Para ver si lograba hacer desistir al Emperador de sus propósitos, el Papa nombró legado suyo á Acacio, patriarca legítimo de Constantinopla, prescribiéndole que no tolerara en manera alguna la continuacion de prelados elegidos contra lo que disponían las leyes canónicas, y que hiciese mantener en todo su vigor las prescripciones del Concilio Calcedonense.

Acacio no fué atendido. Entónces el Patriarca vistióse de luto y mandó cubrir con negro paño los altares y la cátedra patriarcal en señal del duelo de la Iglesia.

Los sacerdotes, los abades de los monasterios se agruparon en torno de su obispo, y Acacio pudo consolar al Papa expresándole la excelente disposicion de una parte importantísima del clero oriental.

Simplicio, animado con estas noticias é inspirándose en su celo de Sumo Pontífice, da muestras de una actividad extraordinaria. A un mismo tiempo reciben cartas de él, Basilisco, los patriarcas de Oriente, los sacerdotes y archimandritas de Constantinopla (año 476). El Papa exhorta elocuentemente á Basilisco á que siga las gloriosas huellas de Marciano, que tan excelentes recuerdos había dejado, y le invita á quitar de sus sillas á los apóstatas y á sostener la fe católica en toda su integridad.

Basilisco insistía en su conducta, favoreciendo escandalosamente á los eutiquianos é introduciendo en la Iglesia Oriental nuevas y más fatales perturbaciones.

El imperio como la Iglesia atravesaban en el Oriente una gravísima crisis.

El patriarca de Constantinopla Acacio, despues de agotar todos los recursos, acudió á un santo. Vióse una vez más lo que valía en aquella época el prestigio de los solitarios ilustres: túvose que reconocer la suprema magistratura que los hombres del desierto venían ejerciendo sin más apoyo que el prestigio de sus extraordinarias virtudes.

Había un famoso anacoreta llamado Daniel Estilita, discípulo de Simon Estilita, tan célebre en la historia de los grandes santos.

Daniel era de la ciudad de Marata, cerca de Samosata.

Retiróse á la edad de doce años á un monasterio, donde dió pruebas de decidida vocacion á la perfeccion evangélica.

Hacia algunos años que residía en el monasterio, cuando el abad, á quien asuntos de intereses para la Iglesia llamaban á Antioquía, le ordenó que le acompañase.

Al pasar por Telanisa fueron á ver á Simon.

El santo anacoreta, al ver al jóven Daniel, le invitó á que subiese á la columna que constituía su morada, le dió su bendicion y le predijo las agitaciones de su vida.

Al morir el abad del monasterio donde residía Daniel, el voto unánime de los monjes era en favor de éste; pero enemigo de aceptar dignidad alguna, creyendo en su modestia que no sabría soportar la carga que iba á ponérsele encima como jefe de una numerosa comunidad, huyó de allí, encaminándose al sitio donde se encontraba Simon.

Pasó catorce días en el Mandra ó monasterio situado cerca la columna del Santo, y emprendió despues la peregrinacion á la Tierra Santa, á fin de pedir las bendiciones del Salvador en el terreno santificado por su preciosa sangre.

Tuvo por el camino una vision en que apareciéndosele aquel famoso Estilita que él se había propuesto por modelo, le ordenó que se constituyera en Constantinopla, á fin de poder edificar á la corte con el ejemplo de sus virtudes.

Daniel obedece. Siete días pasa en la iglesia de san Miguel, extramuros de la gran capital. De allí se encamina á Filempore, y fija su residencia en un pequeño templo abandonado que apenas podía amparar al viajero en sus ruinas. Sepultado en aquellos escombros permaneció nueve años. Concluído este tiempo, despues de besar afectuosamente el escapulario de Simon Estilita, que recibió de manos de un discípulo de éste que se llamaba Sergio, resolvió observar su rigurosa penitencia imitando su modo de vivir.

Eligió Daniel para su residencia un monte solitario, cerca del Ponto-Euxino, á cuatro millas del mar y á siete de Constantinopla, por la parte del Norte.

Un amigo de Daniel ordenó construir allí dos columnas que estaban unidas por unos barrones de hierro. Sobre éstas se colocó otra más pequeña, en la cima de la cual había una especie de tonel circuído de una balaustrada. Aquello constituía toda su habitacion.

Azotada aquella region por fuertes vientos y reinando á veces en ella un frío bastante intenso, la situacion de Daniel era aún más penosa que la de Simon Estilita.

Por los años 463, el señor del lugar le hizo construir una columna más sólida y más elevada. Al verse precisado á tomar algun descanso, lo hacía apoyándose en la balustrada de la columna; pero como atendida la construccion de ésta había de permanecer forzosamente en pié, hinchábansele los piés y las piernas, en las que se le formaban úlceras.

Durante un invierno el frío le heló de tal suerte, que para salvar su vida fué menester que sus discípulos se encaramasen en la columna y le frotasen con esponjas saturadas de agua caliente. Esto no fué causa para que cambiase de modo de vivir, persistiendo allí hasta la edad de ochenta años.

Genado, obispo de Constantinopla, le ordenó de presbítero. Al pié de la columna leyó Daniel las preces preparatorias; luégo volvió á subir á la cumbre para terminar la ordenacion. Sobre la columna Daniel celebró la misa, distribuyendo despues la comunión á multitud de fieles.

Daniel, de lo alto de su columna, como desde una cátedra, reprendía los vicios de la corte, y anunciaba á la voluptuosa capital que Dios la haría pasar por rudas tribulaciones si no se emprendía el camino de la penitencia. Daniel profetizó que los crímenes de la ciudad serían alumbrados por voraz incendio, y que el único recurso que había era que el Emperador y el Obispo ordenasen juntos plegarias públicas dos veces por semana. Se despreciaron sus amonestaciones; pero cuando el fuego reducía á cenizas la famosa capital, recordóse entónces el anuncio de Daniel, y el pueblo de Constantinopla corrió á ampararse junto á la columna del Santo.

Daniel lloró copiosamente sobre las ruinas de la ciudad, y exhortó á sus moradores á aplacar la Justicia divina por medio de la oracion y el ayuno.

Daniel llegó á ser la primera notabilidad del imperio. Cuando Gubas, rey de Lazes, en la Cólchida, fué á renovar la alianza con los romanos, se le trajo á ver á Daniel, que gozaba ya

de una fama universal. El rey bárbaro, al ver al anacoreta, cayó de rodillas al pié de la columna y regó el suelo con abundantes lágrimas. Las disidencias de los dos soberanos fueron conciliadas por Daniel, á quien se constituyó en árbitro para el tratado de paz que había de redactarse.

Cuando Acacio desesperaba ya de poder cumplir satisfactoriamente las instrucciones del Sumo Pontífice y restituir la paz á la Iglesia, creyó que el medio más seguro era acudir á Daniel Estilita. Constitúyese, pues, junto á aquella columna considerada como el oráculo de Oriente, habla con Daniel, y le informa de las agitaciones que tienen lugar en la Iglesia y del peligro que corre la fe ortodoxa.

Á Basilisco no se le esconde la impresion que ha de producir en su imperio la manera como Daniel juzgue las disidencias pendientes. El Emperador cree que le conviene á él y á la política que representa humillarse ante el solitario, evitar que se formule de lo alto de la columna una palabra que le condene. Era un poder nuevo, pero con el cual, dada su popularidad y el prestigio de sus virtudes, hacía indispensable contar.

Basilisco envía á distinguidos oficiales de su corte á Daniel, quejándose de lo que el Emperador calificaba de insolencia por parte de Acacio, á quien acusaba de sublevar la capital contra su persona y su autoridad.

Daniel formula contra el Emperador cargos los más graves, anuncia que Basilisco tendrá que expiar sus crímenes, que empieza ya á pesar sobre su cabeza el brazo de la justicia providencial, y que, como á perseguidor de la iglesia, Dios le desposeerá muy pronto de su poder. Los legados se niegan á reproducir de palabra tan severa respuesta ante un Emperador acostumbrado á escuchar únicamente el lenguaje de la más baja adulacion. Daniel entrega la contestacion en carta cerrada que autoriza con su nombre y pone bajo su entera responsabilidad.

Basilisco no por esto se corrigió.

El mal iba tomando cada día mayores proporciones. Acacio, en nombre de la Iglesia de Constantinopla, conjura á Daniel á que se presente él mismo para salvar á aquella cristiandad de los males que está sufriendo y de los graves peligros que la amenazan.

Trabajo hubo de costarle á Daniel abandonar un género de vida que él amaba tanto. Pero también san Antonio abandonó su querida soledad para sostener la causa de la fe en Alejandría. Daniel, pues, aunque con vivo dolor de su alma, desciende de su columna y se presenta en la capital.

La emocion que produjo su presencia en Constantinopla no puede describirse. El patriarca, los obispos, los monjes, el clero, los seglares, todos le salen al paso; jamas conquistador alguno, nunca ningun rey ha tenido un recibimiento tan entusiasta y tan espontáneo.

Lo que primero era ovacion se convirtió despues en delirio.

Las aclamaciones atronadoras en favor de Daniel llegaron al palacio imperial, y Basilisco creyó conveniente salir de Constantinopla á fin de sustraerse á la efervescencia popular.

Refugióse en uno de los arrabales de la ciudad. Desde allí envió emisarios á Daniel. Éste se negó á recibirlos.

Presentóse al Estilita el mismo Basilisco en persona. Aquel Emperador tan fiero se siente aterrado á la presencia del anacoreta, se arrodilla á los piés de Daniel y promete anular sus edictos.

—Todo esto no es más que una humildad aparente, dice el Santo, con que este hombre vela sus proyectos de crueldad. Bien pronto veréis caer sobre vos todo el poder de la grandeza divina que abate á las grandezas humanas.

Basilisco retrocedió temblando, y el Santo, creyendo haber cumplido ya con su deber, se volvió á su columna.

Mientras esto pasaba, Zenon, que vivía confinado en la Isauria, recibía continuas adhesiones de senadores, de magistrados, de multitud de personas de alta categoría y de gran-

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

Esta obra es el resultado de un trabajo de muchos años, durante el cual se han consultado los mejores autores que han escrito en esta lengua sobre la historia de España. El autor se ha esforzado por dar una idea completa de la historia de España, desde sus orígenes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes períodos de la historia de España.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

Esta obra es el resultado de un trabajo de muchos años, durante el cual se han consultado los mejores autores que han escrito en esta lengua sobre la historia de España. El autor se ha esforzado por dar una idea completa de la historia de España, desde sus orígenes hasta el presente. La obra está dividida en varias partes, que corresponden a los diferentes períodos de la historia de España.

LA VIEJA ESPAÑA

En esta parte se trata de la historia de España desde sus orígenes hasta el fin de la Edad Media. Se describe la vida de los pueblos que habitaban en la península ibérica, sus costumbres, sus instituciones y sus relaciones con el exterior. Se menciona también la llegada de los romanos y la fundación de los reinos visigodos.

EL RENOVAMIENTO DE LA ESPAÑA EN LA EDAD MEDIA

En esta parte se trata de la historia de España durante la Edad Media. Se describe el proceso de reconquista de la península ibérica por parte de los cristianos, así como el desarrollo de los reinos cristianos y la vida de los musulmanes que permanecieron en España.

EVOLUCION DE LOS REINOS CRISTIANOS

En esta parte se trata de la historia de España durante la Edad Moderna. Se describe el proceso de unificación de España por parte de los Reyes Católicos, así como el desarrollo de España como una gran potencia mundial.

ESPAÑA EN LA EDAD MODERNA

En esta parte se trata de la historia de España durante la Edad Moderna. Se describe el proceso de unificación de España por parte de los Reyes Católicos, así como el desarrollo de España como una gran potencia mundial. Se menciona también la guerra de Sucesión y el inicio de la Ilustración en España.

LOS REINOS CRISTIANOS

En esta parte se trata de la historia de España durante la Edad Moderna. Se describe el proceso de unificación de España por parte de los Reyes Católicos, así como el desarrollo de España como una gran potencia mundial. Se menciona también la guerra de Sucesión y el inicio de la Ilustración en España.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño más de folio, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más. — Van publicadas 98 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Púebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERÍA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildelfonso Galell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado ayetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.